

2.

# BREVE RESEÑA

DE LA SEGUNDA PEREGRINACION AL


## TEPEYAC

Y DE LA FUNCION SOLEMNE QUE LA SAGRADA MITRA  
DE QUERETARO, CELEBRO EL 24  
DE MAYO DE 1888 EN LA IGLESIA DE CAPUCHINAS  
EN HONOR DE  
NUESTRA AUGUSTA Y NACIONAL PATRONA

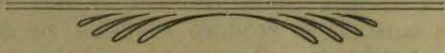
## La Santísima Virgen María de Guadalupe

Escrita por el Sr. General D. Remigio Tovar

EN LA "VOZ DE MEXICO"



REIMPRESA CON LICENCIAS DEL ORDINARIO



LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA

QUERETARO

IMPRESA DEL SAGRADO CORAZON

AGUILA 6 BIS

1913



mano y de gratitud a la que por su bondad, misericordia y caridad  
en sus brazos, y que por su omnipotencia, omnipresencia y omni-  
potencia nos procura el gozo de sus brazos y de su amor. Y  
Y esto precisamente cuando el espíritu se agita de impudencia  
mentis y el error millonario impide desahucadamente sobre el  
mundo.

## LA IGLESIA DE QUERETARO EN EL MES DE MARIA.

Indicamos a uno u otro de las personas que de la Iglesia  
católica, respetando la

### PEREGRINACION AL TEPEYAC.

Ha terminado el mes de las flores, consagrado al culto de la Rosa  
mística, a la que, durante él, son ofrecidas día por día las bellezas  
primaverales más escogidas de la naturaleza, como también la flo-  
rescencia más selecta y más pura en el orden de la gracia; es decir,  
los corazones infantiles, almas virginales, obsequios y plegarias  
angelicales de toda una generación que, confesando de rodillas y  
en apostura humilde la caída de la primera madre, se exalta, al  
mismo tiempo, con el alborozo de los ángeles, y entona con el  
entusiasmo de los serafines cánticos de alabanza y bendición en  
honra de la segunda Eva, en quien fué rehabilitado, hasta la san-  
tificación, lo que por la primera hubiera sido degradado hasta la  
esclavitud más abyecta, hasta la eterna perdición. Centenares de  
millares de corazones en flor, durante ese mes santificado, al pié  
de los altares de la sin par María han exhalado como humo agra-  
dable de preciado incienso el himno inspirado por el Espíritu Divi-  
no al único humano corazón concebido sin pecado: "¡Glorifica mi  
alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo al contemplar la bon-  
dad de DIOS mi Salvador!"

¡Qué hermoso ha sido ver por toda la extensión de nuestra pa-  
tria, y aun en su misma capital, sentina de todos los vicios y de-  
gradaciones posibles, en todos los templos y en todos los días del  
ardiente Mayo estallar ese universal testimonio de veneración, de

amor y de gratitud a la que por su humildad mereciera ser saludada *llena de gracia*, y que por su omnipotencia intercesora ha merecido ser proclamada *Vencedora de las herejías en todo el mundo!*

Y esto, precisamente cuando el satánico orgullo, la impudente mentira y el error multiforme imperan despóticamente sobre el mundo!

Y más hermoso todavía, encantador sin igual, nos ha parecido mirar en ese testimonio de gratitud, de amor y de veneración, no la oración individual, no la plegaria del hogar doméstico, sino el culto social de todo un pueblo, la fé nacional bajo el manto tricolor, de rodillas al pié de las aras de la Virgen morena, ofreciéndola sus incienso más puros sobre el altar de la patria. Dichosas, nos atrevemos a decir, dichosas nuestras desventuras sociales, si solo la amarga conciencia de ellas nos hace doblar la frente bajo la poderosa mano de DIOS, que en su misericordia sin límites se sirve indicarnos como único asilo las purísimas plantas de la Mujer cuyo calcañal quebrantó la cabeza del dragón antiguo.

Así pensábamos y sentíamos el 24 de Mayo pasado, fecha en que se venera a la Virgen inmaculada bajo su consoladora advocación de **AUXILIO DE LOS CRISTIANOS**; fecha cuya vuelta anual nos trae recuerdos de personalísimo interés, y que interesan también a una ciudad que nos es muy querida, y asimismo a una causa santa, al pié de cuya bandera desgarrada por el vendaval, yacemos esperando, aun contra toda esperanza, divisando entre siniestras brumas las providenciales soluciones de los problemas patrios. Fecha, en fin, interesante a la cristiandad entera, porque en 24 de Mayo de 1814 presenció, con tanto júbilo como asombro, el triunfo glorioso del Venerable Pío VII sobre el Prometeo de Santa Elena (\*).

Y pensando y sintiendo así, nos dirigíamos a la ciudad de Guadalupe, a donde habíamos sido invitados a concurrir, para unir nuestros cultos y nuestras plegarias con las deprecaciones y votos de nuestros hermanos católicos de la Diócesis de Querétaro. A esa Ilustre Iglesia había correspondido celebrar el 8 de Septiembre del año anterior la fiesta que por turno corresponde, en cada año, a todas las Mitras de la república en honor de la Madre misericordiosa de los mexicanos. Pero como las reparaciones que entonces

(\*) El Sumo Pontífice Pío VII, después de haber recobrado su libertad por la caída de Napoleón Bonaparte, hizo su entrada en Roma el 24 de Mayo de 1814; y "en la conciencia íntima de que aquella maravillosa vicisitud de acontecimientos que con aplauso del universo le habían restablecido en su silla, debía atribuirse a la intercesión de la Santa Virgen Madre de DIOS, decretó que se instituyera una fiesta en honor de la Virgen Madre, bajo la denominación de *Auxiliadora de los Cristianos*, el día 24 de Mayo, aniversario de su dichosa reintegración en Roma, como recuerdo perpetuo y en acción de gracias por tan inmenso beneficio."

comenzaban a hacerse a la insigne Colegiata, impidieran la celebración en aquella fecha, fué trasferida al 24 del pasado, día en que, a más de estar consagrado por una especial advocación Mariana, concurre el aniversario de la consagración episcopal del tercero y actual Pastor de la Iglesia de Querétaro.

Desde el 20 de Abril anterior el Ilmo. Sr. Obispo había anunciado a sus diocesanos, en forma oficial y pública, la celebración próxima, haciendo saber que ocurriría personalmente a Guadalupe a desempeñar tan piadoso deber, acompañado de una comisión del V. Cabildo y otra del Seminario Conciliar, estimulando la devoción de los fieles mediante la concesión de gracias espirituales, que les acordaba por toda oración que hicieran ante la portentosa Imagen del Tepeyac, expuesta actualmente a la pública veneración en la iglesia del extinguido convento de Capuchinas de Guadalupe.

El piadoso pueblo queretano, que siempre ha dado pruebas de su amor y veneración a la Virgen María, y muy especialmente bajo sus advocaciones, local del Pueblito, y nacional de Guadalupe, y que se ocupaba con tanto fervor como el que más en hacer de todo el Mes de María una fiesta religiosa continuada, se apresuró a obsequiar la invitación de su celoso Prelado, a quien ama cordialmente, porque es amado paternalmente por él. Al efecto, se organizaron en cuerpo de peregrinación cerca de 500 fieles de uno y otro sexo, de todas edades y condiciones, que emprendieron el camino al Tepeyac por el tren del interior, a excepción de algunos que, procedentes de la parroquia de Colón y de algún otro punto, habían de antemano emprendido a pie su devota romería.

En la mañana del 24 todos los peregrinos, reunidos en la capital desde el día anterior, se dirigieron a Guadalupe, unos por los tranvías ordinarios y muchos haciendo a pie el camino, santificando al mismo tiempo, por medio de la oración, aquel acto de mortificación voluntaria. Pero unos y otros dando pruebas de verdadera piedad y devoción en la compostura de sus acciones y gravedad de su apostura.

A las siete de la mañana, habiendo llegado ya todos los peregrinos su Ilmo. Obispo, revestido de capa pluvial, mitra y báculo, les recibió en la puerta de la iglesia de las Capuchinas, donde se organizó, en cuanto lo permitía la reducidísima capacidad del templo, una procesión que se dirigió al pié del altar de la Santa Imagen, llevando a la cabeza un vistoso estandarte tricolor de seda, que portaba el digno Párroco de Ixtlahuacan del Río (Arquidiócesis de Guadaluajara) Pbro. D. Juan N. Gómez Llanos, invitado expresamente para esa peregrinación y fiesta religiosa. En ese estandarte, que ostenta los colores nacionales y que debe quedar a perpetuidad a los pies de la Augusta Reina de los mexicanos, se leía por la una faz, habilmente bordada en oro, la fecha de la so-

lemnidad (5—24—1888), y por la otra la procedencia del devoto obsequio: IGLESIA DE QUERETARO.

Durante esta corta procesión, los alumnos del Seminario Conciliar queretano entonaron, con acordes y conmovedores acentos, una letra expresiva de las alabanzas más tiernas y más sencillamente poéticas que labios mortales pueden articular en honra y prez de la *Bendita entre las mujeres!* Letra que, si bien no tiene la gravedad de las oraciones e himnos de la liturgia sagrada, respira ese lirismo que sólo puede inspirar el amor vehemente, tierno, purísimo, como el del niño a su madre; del niño que balbuciendo apenas en sonidos inarticulados el nombre querido de su madre, se precipita en el regazo de la única mujer a quien conoce y ama, para hacerla sentir y conocer el amor que no la sabe decir. No podemos abstenernos de presentar a nuestros lectores siquiera algunas de las estrofas que formaron el saludo de los jóvenes levitas queretanos:

Pues concebida	Destierren sombras
Fuiste sin mancha,	De culpas tantas.
Ave María	Cedro exaltado,
Llena de gracia.	Fecunda palma,
Oh Virgen Madre,	con cuyo fruto
Nuestra abogada,	sanar las almas;
Refugio dulce,	Oliva verde,
Firme esperanza.	Paloma blanca,
A Tí suspiran	Iris que anuncias
Todas las almas	Paz a las almas;
Arrepentidas,	Huerto cerrado
Oye sus ancias	Donde las auras
Aurora hermosa,	Del austro inspiran
Luna sin mancha,	Suaves fragancias;
Sol refulgente,	Lucero hermoso,
Estrella magna.	Cuando me parta
Salgan tus luces	De aqueste mundo,
Y de las almas	Tú me acompañas.

Terminado el armonioso saludo de la peregrinación en cuerpo, el Ilmo. Prelado dió la bendición episcopal a la piadosa concurrencia.

Siguió luego la Comunión de los peregrinos, que fué numerosa, ejemplar, conmovedora. Escenas tales son indescriptibles ¿Quién puede bosquejar ni con los trazos mas audaces el trasfigurado continente del católico fervoroso, en esos momentos en que se lanza a las alturas infinitas de DIOS, porque DIOS, en su misericordia se digna descender a las infinitas profundidades del mortal?

A continuación fue entonado el canto de Sexta, del oficio del día, ejecutado con toda solemnidad, y siguió luego la Misa solemne, que

celebró de Pontifical el Ilmo. Sr. Obispo, administrando de diácono el respetable Párroco del Sagrario de Querétaro, Sr. Pbro. D. Francisco Figueroa, y de subdiácono el Sr. Pbro. D. José María González, digno Cura de la Parroquia de San Sebastián, en la capital de la Diócesis. Asistieron al Prelado celebrante los Señores Canónigos Don Agustín Guisasola y D. Juan González, director del Liceo Católico.

Estos dos señores, y el señor Canónigo Rector, D. Florencio Rosas representaban en la solemnidad al V. Cabildo Eclesiástico; el cuerpo respetable del Clero secular y regular fué representado por los ya mencionados ministrantes en el altar, y además por los señores Presbíteros D. José María Arana, Maestro de Ceremonias, D. José María García, Vicario de Colón, diácono D. Francisco Aiday y subdiácono D. Manuel Reinoso. El Seminario Conciliar y toda la juventud que en Querétaro recibe de la Iglesia el pan de la instrucción fueron dignamente representados por cincuenta alumnos seminaristas, cuya decente apostura y caballerosos portes honraron el uniforme de su casa, consistente en los tradicionales manto y beca, de tiernos recuerdos para nosotros.

El pueblo católico de la diócesis, de esa cristiandad cargada de antiguos y nobles recuerdos de religiosidad, de piedad y de beneficencia, que ha contado sus hombres notables de otra época por el número de las instituciones de caridad y beneficencia que han fundado, y que a pesar del oleage revolucionario ha continuado sus tradiciones de verdadera y cristiana nobleza; ese rebaño fiel al Pastor Divino, estuvo dignamente representado por los señores Dr. D. Manuel Septién, Lic. D. Sebastián Larrondo, Dr. D. Manuel Gutiérrez y D. Antonio Sánchez. En el edificante grupo de piadosos romeros figuraban personas de uno y otro sexo que llevan nombres respetables de antiguas familias; otras muchas a quienes sus virtudes cristianas y sociales hacen distinguidas, y muchas más, que son amadas de DIOS porque son los pobres de JESUCRISTO; los pobres cuya evangelización el Divino Maestro aducía como una de las prendas de su misión del Padre; los pobres y sencillos que arrebatan al cielo mientras los sabios y dichosos del siglo se revuelven entre los fangos del mundo. Si supieramos los nombres de todos esos cristianos fervientes que vinieron a deponeer su corazón a las plantas de la sin par María, de la Violeta humilde, pero escogida en los pensiles del cielo, con gusto los escribiríamos todos, y aun con letras de oro, para perpetuarlos, con el estandarte que les presidió, en los archivos gloriosos de nuestra historia religiosa.

La Misa, celebrada con el Smo. Sacramento manifiesto, fué magistralmente oficiada por escogida y numerosa orquesta, a juzgar por el voto de personas que se dicen competentes. Sin embargo,

nosotros, después de haber oído el canto de los jóvenes seminaristas, la solemne entonación del Pontífice celebrante en el Prefacio y *Pater noster*, sujeto en todo a riguroso canto llano; es decir, a verdadero canto eclesiástico, que conmueve y eleva sin hacer vibrar ni remotamente cuerdas que decanten de las armonías maggestuosas y severas, propias del santuario; nosotros, decimos, habríamos preferido asistir a la Misa oficiada por los instruidos alumnos del Seminario, y esto habría excusado algunos descuidos y aun omisiones del coro. El I. S. Obispo, conocedor y cultivador feliz del verdadero canto eclesiástico, durante su administración sacerdotal en la arquidiócesis de Guadalajara planteó en aquel Seminario e hizo progresar notablemente, el estudio del arte, cuyo esmeroso cultivo ha proseguido en su Iglesia; y para hacerlo adelantar debidamente ha enviado á Europa un sacerdote, profesor de canto en el Seminario, para que perfeccione y extienda sus conocimientos en las escuelas más acreditadas. Ese celo del I. S. Camacho ha tenido activa cooperación en la Iglesia de Guadalajara, Morelia, Zacatecas, León y Colima; cada una de las cuales podría ya dar maestros en el arte á otras muchas, donde es poco conocido y menos estimado, tal vez porque no han tenido la ocasión de pensar en ello, y que sería de desear la buscasen cuanto antes.

Ocupó la cátedra sagrada el Sr. Canónigo Magistral D. Florencio Rosas, y desempeñó su misión con la misma pericia de que ya en otras veces ha hecho esplendente muestra. No somos capaces de juzgar artísticamente esa pieza oratoria, y aun cuando lo fuéramos, no lo haríamos. Porque cuando solemos asistir a un sermón, hacemos cuenta de que prestamos el oído a la palabra de DIOS transmitida por la boca de su ministro, y no a un ejercicio oratorio que busca y solicita el *plaudite manibus* de novelero auditorio. Pero por modo de recuerdo mencionaremos algunas especies del interesante discurso del Sr. Rosas, ya que, en su modestia se niega siempre a comunicar sus preciosos manuscritos.

Tomó por texto aquel pasaje del capítulo XXI del Apocalipsis: "Yo Juan ví la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén descender del cielo por la mano de Dios, compuesta como una novia engalanada para su esposo—Y oí una voz grande que venía del trono, y decía: Ved aquí el tabernáculo de DIOS entre los hombres, y él morará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo DIOS, habiéndolo en medio de ellos, será su DIOS." Aplicó, discreta y hábilmente, este pasaje al dichoso indio Juan Diego, que en la aparición de la Virgen María en el Tepeyac, vió descender a sí a la Jerusalén mística, que en su inmaculada personalidad asume todas las grandes cosas que de la ciudad de los Profetas se han dicho. Jerusalén visión de paz, ciudad donde se eleva la montaña de Sión, donde se ostenta la majestad del templo de Jehová, y la for-

taleza de la Torre de David, y la riqueza de la casa de los cedros, la casa del Líbano de Salomón, y lugar de la misión perfecta. El venturoso neófito mexicano vió descender en busca de su humildad, en solicitud de las desgracias de su vencida raza, a la misma escogida entre millares que las jerarquías angélicas, desde las almenadas murallas del Empíreo, con asombro miraban ascender gloriosa, y arrobadas se preguntaban entre sí: "¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas? ¿Quién es esta que vá subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército formado en batalla?" (Cant. III. 6.—VI. 9.)

Habló el orador sagrado de los beneficios generales otorgados por la Virgen Pura a toda nuestra patria; y de los muy singulares que ha recibido y tiene de esperar la raza toda del favorecido en el Tepeyac, como lo promete el hecho de haber sido él el escogido para escuchar de los inmaculados labios la dulce apelación, en maternal diminutivo, de *hijo querido* y solicitado por el amor de la siempre Bendita. Insistió sobre las obligaciones muy especiales, que tan insignes muestras de amor imponen al pueblo que ha tenido la dicha de que se le aplique el antiguo *non fecit taliter omninationi*. Excitó fervorosamente los afectos de gratitud y devoción de todo mexicano para con la Virgen Madre, y en especial el amor tierno, obsequioso y filial del religiosísimo pueblo de Querétaro. Invocó también esa palabra santa, fecunda, poderosa de *Paz, Unión y Caridad*; palabra que con tanta frecuencia repite el Padre común de la Cristiandad, como representativa del grande elemento indispensable para la salud y prosperidad de la Iglesia; para la salvación y verdadero progreso de las sociedades cristianas.

Y ante esto el inspirado predicador rebosaba de ese entusiasmo, que se asemeja al raptó de profeta, que derramando a torrente y en bíblico lenguaje una serie no interrumpida de brillantes imágenes, de elevadas comparaciones y de magistrales enseñanzas mantuvo al auditorio suspenso de sus labios; como suspende al alma la encantadora armonía de instrumento en que se ensayan notas arrebatadas al cielo por las audaces concepciones del poeta.

Pero más que lo que nosotros pudieramos decir, abona el desempeño del predicador guadalupano este solo hecho. Vimos, al impulso de su palabra, sin apariencia de artística transición, caer de rodillas todo su auditorio como si fuera al impulso de un golpe eléctrico; y era que el orador peroraba en forma de plegaria; de esa plegaria que semejante al éxtasis desprende de la tierra al deprecante para lanzarle a las regiones de la visión inmaterial. Vimos también correr muchas lágrimas, así por las mejillas del joven en edad febril, como sobre el apuesto semblante de piadosa calma

y la faz adusta del varón provento. Lo cual demuestra que la palabra del orador contaba con ese dote, no muy común, que se llama unción religiosa, que es la que conquista los verdaderos y legítimos triunfos de la oratoria sagrada. El Sr. Rosas en su satisfactorio desempeño, hizo ancha muestra de inteligencia y saber, en su lenguaje; de plenitud de corazón, en la energía de su palabra; de su verdadero espíritu sacerdotal, en la unción apostólica con que le favorece el único Dador de todo don perfecto.

Concluida la Misa, el Pontífice celebrante entonó la *Salve Regina*; y el piadoso concurso continuó luego el Rosario, del cual se rezaron dos partes, y a la conclusión de cada misterio cantaban los jóvenes seminaristas con grave y magistral entonación, la siguiente deprecación latina: *¡Oh! santísima, ó piísima dulcis Virgo María — Mater amata, intemerata, ora pro nobis — Tu solatium et refugium, Virgo mater María — Quidquid optamus per te speramus: ora pro nobis.*

En la tarde se practicó un ejercicio piadoso, en que presidió el Ilmo. Sr. Obispo; se rezó la tercera parte del Rosario, y se cantaron las Letanias Lauretanas; después de lo que fue depositado el Santísimo Sacramento. Al siguiente día se reunió en el mismo templo la peregrinación, con objeto de dar gracias por el buen suceso de ella: se cantó una Misa de gracias, oficiando de Preste el Sr. Canónigo Rosas, de diácono el Sr. Presbítero Arana y subdiácono el Sr. Lic. D. Manuel Reynoso; desempeñando el coro los jóvenes seminaristas y ejecutando una misa muy devota y de estilo enteramente religioso; quedando con esto concluida la romería.

Para todos estos actos habían sido distribuidas oportunamente numerosas invitaciones, que muchas personas de esta capital oírse gustosas. Pero el estrecho local de la Iglesia de Capuchinas no podía contener si no un pequeño número de invitados, a más de los peregrinos. Mas esta circunstancia contribuyó a conservar el orden y dar más gravedad a todos los actos religiosos, porque durante ellos no se notó esa continua agitación y movimiento de entrantes y salientes que ordinariamente se ve en grandes solemnidades, a donde concurren muchos por simple curiosidad, otros por el compromiso que una atenta invitación impone, y otros más con propósito antecedente de no asistir sino a señalada parte de los oficios. Nada de esto debía ocurrir en la fiesta de la piedad queretana: ocupado el templo casi exclusivamente por los religiosos peregrinos, el buen espíritu, el recogimiento, la devoción de cada uno de ellos determinó el aspecto y el continente de la concurrencia toda, que fue tal como corresponde en la Casa de DIOS, y en actos solemnes de fé profunda, de religiosidad ferviente y de tierna piedad.

La feliz concurrencia del día escogido para la celebración de la

festividad en que nos hemos ocupado, de la advocación Mariana que está asignada a esa fecha, y de la data aniversario de la consagración episcopal del Pontífice celebrante, imprimió a la solemnidad todo un sello de piadoso simbolismo muy interesante. Un Obispo que, a la cabeza de parte de su pueblo, emprende el camino de la oración y de la expiación, para, en un santuario venerable, y a los pies de la Auxiliadora de los cristianos, invocar sobre sí y sobre su grey las misericordias del cielo y las gracias necesarias para los aciertos del Pastor y del rebaño, es un espectáculo de verdadera importancia religiosa y de larga trascendencia social. Se presenta en esto un cuadro de coincidencias, que generalmente se llaman casuales, y que muchas veces son providenciales. El cristiano, aun en sus acciones más comunes, obrando conforme al Evangelio y a las prescripciones de la Iglesia, puede estar cierto de que, si bien como sér racional y libre obra por su cuenta, en realidad obra por cuenta de DIOS, que todo lo hace conspirar en pro del gran mecanismo del orden eterno: y que obrando *suaviter et fortiter*, nos conduce por las suaves pendientes de sus inexcrutables designios, tanto para su gloria como para nuestro propio bien. La fé en la Providencia divina, la confianza en la eficacia de la oración, y la esperanza en la misericordia de Aquel *de cuyas piedades llena está la tierra*, dan, en su combinación, las únicas soluciones posibles a todos los humanos problemas. Pensando tales cosas, vino a conmovernos profundamente la plegaria del Obispo peregrinante, que con solemne acento y penetrante voz exclamaba: *¡Oh DIOS, Pastor y Rector de todos los fieles, mira propicio a tu siervo Rafael que quisiste que presidiera como Pastor de tu Iglesia de Querétaro: dale, te rogamos, que sobresalga en la palabra y el ejemplo entre aquellos que preside, a fin de que llegue a la vida eterna en unión de la grey que le está encomendada. Por Nuestro Señor JESUCRISTO que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.*" El Obispo peregrinante, decíamos, a la cabeza de sus peregrinos, llegando a los umbrales del Santuario del Tepeyac, representa la peregrinación larga que tiene que hacer a la cabeza de toda una cristiandad, y al través de los ignotos azares de la vida, hasta llevarla a los atrios de los tabernáculos eternos; y cuando esto acontezca, habrá fenecido santamente su misión, como hoy concluye feliz el tercer año de su apostolado.

Esta es la segunda romería al Tepeyac que el actual Obispo de Querétaro preside. Otros ilustres Pastores han venido también, rodeados de sus pueblos, a adorar a DIOS en el monte santo, y venerar a la que santificó el monte. El Ilmo. Obispo de Chilapa, que acaba de presentar al actual Sucesor de Pedro los votos de todo un pueblo; el Ilmo. Sr. Mora, Obispo de Puebla, difunto; el

también piadoso Ilmo Sr. Guerra, Obispo de Zacatecas, de amada memoria, de imborrable recuerdo para nuestro corazón, han empuñado el bastón del peregrino para indicar a sus fieles el camino santo, pero laborioso, de la plegaria, de la penitencia, de la expiación y del merecimiento. DIOS sea servido de que esos caminos recorridos por ilustres vivos y por venerables muertos, jamás sean borrados bajo la yerba del olvido; sino que, de uno en otro día, las huellas del celo, de la piedad y del amor patrio los ahonden y ensanchen más y más.

DIOS Nuestro Señor se ha querido servir de la piedad y celo mariano de algunos de nuestros más honorables Obispos, para enaltecer el culto de la Aparecida del Tepeyac, y, por decirlo así, rehabilitarlo, soplando sobre el polvo que le hubieran arrojado algunos episodios infaustos de nuestra historia. Por algún tiempo el bendito ayate de Juan Diego reportó las consecuencias de haber figurado en una bandera, primero empapada en torrentes de sangre no siempre culpable, y arrastrada luego sobre los más asquerosos lodos. Hoy, esa gloriosa tilma vuelve a ocupar el lugar que siempre debió conservar en igual altura; y los pueblos, a porfía, se esfuerzan por fijar en ella los tres colores queridos que la traidora demagogia se empeña en deslustrar, para luego suprimir del catálogo de las naciones el nombre de un pueblo libre. Empeño digno de los traidores, que pretenden extinguir todo sentimiento de nacionalidad como añeja preocupación, sustituyéndolo por el aspirantismo insensato a un cosmopolitismo imposible.

Pero los siniestros planes del liberalismo a sueldo de extranjeras logias, no se verán realizados en tanto que en nuestra patria existan cristiandades como la de la Iglesia de Querétaro, y Pastores celosos cuya palabra y ejemplo mantengan vivo y ferviente, con el espíritu religioso, el sentimiento patrio, la dignidad nacional y el noble, legítimo orgullo de nuestra raza. Bajo tales auspicios, con la protección de DIOS, y mediante la intercesión de la púdica y balsámica Violeta del Tepeyac, confiamos y esperamos, aun contra toda esperanza, que de nosotros se escriba algún día lo que de Macabeo en otro tiempo: que, *habiendo juntado mucha gente, se hacía formidable a los gentiles: por que la indignación del Señor se había convertido ya en misericordias.*

México a 3 de Junio de 1888.



LIC. IGNACIO HERRERA TEJEDA

3